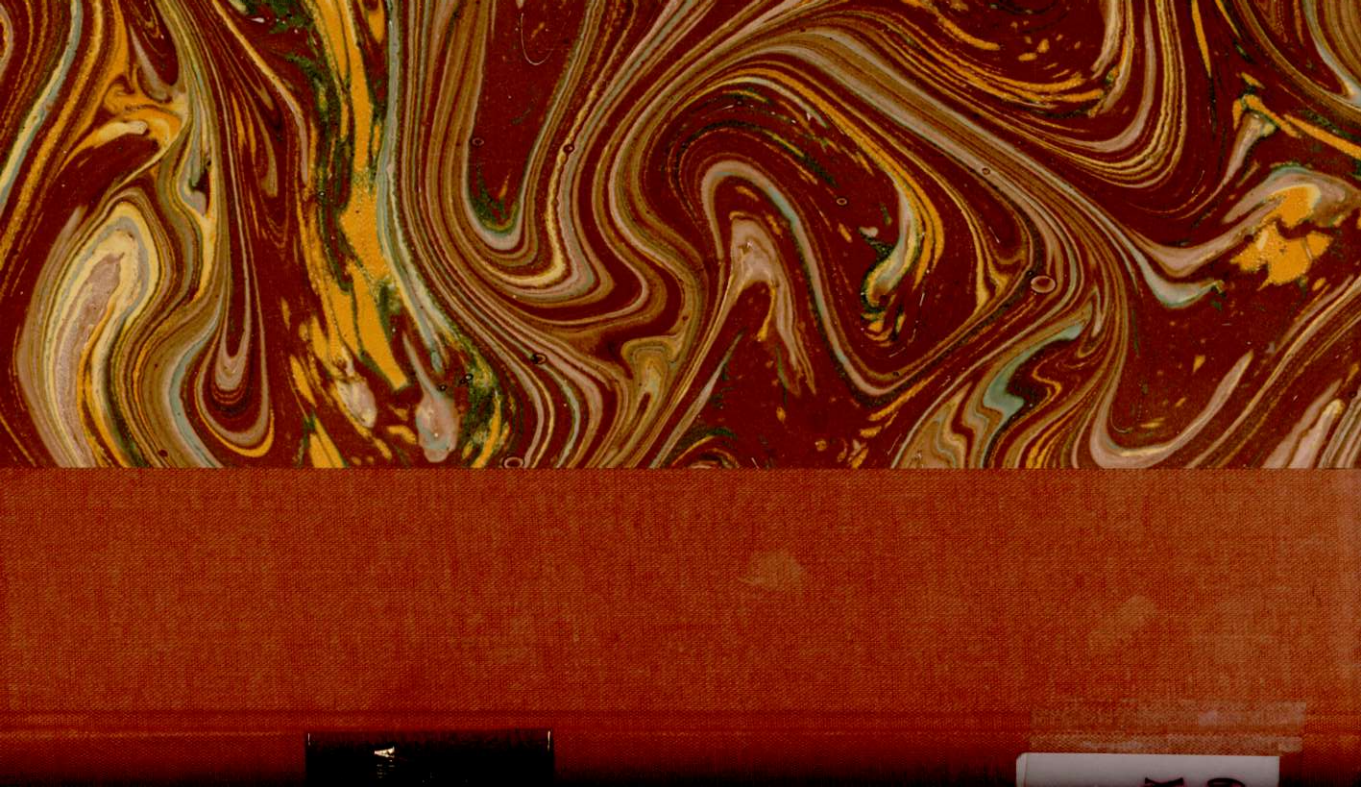


HESPERIA
LIBROS HISPANICOS
ZARAGOZA
ESPAÑA

rancisco
llaespesa

R 247930
1
CX
249

PAZ

OBRAS DE VILLAESPESA

POESÍA

Intimidades.
Flores de almendro.
Luchas.
Confidencias.
La copa del Rey de Thule.
El alto de los bohemios.
Rapsodias.
Las canciones del camino.
Tristiæ Rerum.
Carmen.
El Patio de los Arrayanes.
Viaje sentimental.
El mirador de Lindaraxa.
Palabras antiguas.
El libro de Job.
El jardín de las Quimeras.
Las horas que pasan.
Saudades.
In memoriam.
Bajo la lluvia.
Torre de marfil.
Andalucía.
Los remansos del crepúsculo.
El espejo encantado.
Collares rotos.
Los panales de oro.
El balcón de Verona.
Jardines de plata.
El libro de los sonetos.
Lámparas votivas.

PROSA

El milagro de las rosas.
El último Abderramán.
La venganza de Aischa.
Zarza florida.
Breviario de amor.
Vida y Arte:
I Julio Herrera Reissig.
Las granadas de rubíes.
Fiesta de Poesía.
Las garras de la pantera.
Las joyas de Margarita.

TEATRO

El Alcázar de las Perlas (tragedia árabe en cuatro actos y en verso).
Doña María de Padilla (drama histórico en cuatro actos y en verso).
El Rey Galaor (tragedia en tres actos y en verso, inspirada en un poema de Eugenio de Castro).
Ensueño de una noche de Invierno (poema lírico en tres cuadros y en verso, música de Ramón M. Mantilla).
Un nocturno de Chopín (comedia romántica en un acto y en prosa).
El ídolo roto (comedia en un acto y en prosa).
¡Era El! (poema en un acto y en verso).
Judith (tragedia bíblica en tres actos y en verso).
Aben-Humeya (tragedia morisca en cuatro actos y en verso).
El Halconero (leyenda trágica en tres actos y en verso).
La Maja de Goya (drama en tres actos y en verso).

TRADUCCIONES

La Gioconda (de Gabriel D'Annunzio).
La Cena de los Cardenales (de Julio Dantas).
Don Beltrán de Figueroa (de Julio Dantas).
Rosas de todo el año (de Julio Dantas).
Dolor Supremo (de Marcelino Mezquita).

FRANCISCO VILLAESPESA

Murió el día 10 de Abril de 1936

PAZ

(POESIAS)

MADRID

V. H. DE SANZ CALLEJA. — EDITORES

CASA CENTRAL: MONTERA, 31.-TALLERES: R. DE ATOCHA, 23

HORAS DE AMOR

I

No en vano, altiva, tu belleza ama
a mi arte viril, porque mi arte
sabrá en la gloria de tus versos darte
la eternidad que tu ambición reclama.

Jamás el tiempo extinguirá tu llama
ni plegará vencido tu estandarte,
en tanto queden, para coronarte
laureles en el templo de la Fama.

Con mano firme y con cincel seguro,
haciendo de tus sueños realidades,
esculpiré, rompiendo mi secreto,

tu regio nombre sobre el mármol duro,
para la admiración de las edades
en el arco triunfal de mi soneto.

II

En la amarga inquietud de mi desvelo,
contando los recuerdos que atesoro,
sueñan las tristes lágrimas que lloro
con la blanca piedad de tu pañuelo.

Mientras, llorando, tu regreso imploro
con férvida pasión y ardiente celo
—joyas nupciales—para ti cincelo
ricas estrofas en marfil y en oro.

A mi propio dolor rindo a tu planta;
y por ti engarzaré con mis tremantes
manos que sueñan con rasgar tu peto,

para adorno nupcial de tu garganta,
mis lágrimas de amor, como diamantes,
en el áureo collar de mi soneto.

III

En tu belleza de otro tiempo adoro
los viejos fastos y las pompas reales,
los armiños, la púrpura y el oro
que hoy se pudren en viejos Escoriales;

pues fué preciso para dar la norma
de tus maravillosas perfecciones,
fundir, Amor, en una sola forma,
la belleza de cien generaciones!

Un claro lienzo te ofrendó el Tiziano,
y Góngora un soneto culterano...
Yo, trémulo de ira y de despecho,

en la hoja de un acero florentino,
para hundirlo hasta el fondo de mi pecho,
bruño y esmalto tu perfil latino!

IV

Montes de lividéces espectrales
tallados en difusas amatistas,
que aguzan y confunden sus aristas
con los tersos zafiros celestiales.

Blancuras humeantes de casales
entre frondosas esmeraldas vistas
en las aguas joyantes, alquimistas
que aurifican la tarde en sus cristales.

Crepúsculo de Abril, vivo tesoro
de ópalos y coral, púrpura y oro...
Pero no hay panorama, ni miraje

para mi alma, como ver tranquila
la ideal miniatura del paisaje
en el esmalte azul de tu pupila.

V

Rompiendo mis silencios cartujanos,
sobre el cincel experto se levanta
el martillo que en ritmos soberanos
las viejas glorias del orfebre canta.

Labra ricos joyeles pompeyanos
y esmaltes bizantinos abrillanta:
anillos para tus frágiles manos
y áureos collares para tu garganta.

En su torre de luz, tu fasto espera...
y a ofrendarte mi lírico tesoro
—palpitantes sus velos de escarlata—

va mi soneto, cual triunfal galera,
a quien alejan sobre un mar de oro
catorce remos de bruñida plata.

VI

Eres al par esclava y soberana,
adunas lo cercano y lo distante,
cual si fueras la sola resultante
de toda la inmortal ternura humana.

Para ti no hay Ayer ni habrá Mañana;
todo lo asume tu actitud triunfante.
Y eres para mi ardor como una amante
y para mi dolor como una hermana.

Eres todas y al par eres la Unica.
Y al desgarrar los broches de la túnica
que modela tus multiplicidades,

sobre tus senos blancos y sedeños
convertirá el amor en realidades,
todos los imposibles de mis sueños.

Desfallece de asfixia la floresta
en la fiebre del sol. Suda la fuente
su humedad gota a gota en el ambiente
y un olor a sepulcro el aire infiesta.

Todo es de brasa y de cristal en esta
hora de paz. Un vértigo indolente
nos va paralizando lentamente
bajo el cálido enjambre de la siesta.

El libro, abierto está. Congestionada
no distingue las letras la mirada...
Pausado el libro en el silencio rueda,

y a alzarlo nuestra mano no se atreve...
Y musita en el alma una voz queda:
—¡Oh, la blanca frescura de la nieve!

Es inútil, señora. Al sueño en vano
le pido paz, porque en el sueño veo
florecer en mi ardiente devaneo
la lujuria otoñal de vuestra mano.

Aspiro en vos un dulce olor lejano,
y unidos por las hiedras del deseo,
de nuevo en vuestros labios paladeo
todo el veneno del amor humano.

Es verdad que he gozado, hasta saciarme,
despierto, cuanto hoy queréis vedarme,
porque fuí vuestro esclavo y vuestro dueño.

Mas ved qué extraña es mi fantasía...
¡Nunca en la realidad fuisteis tan mía
como ahora lo sois en el Ensueño!

VII

A compás de las fuentes melodiosas,
en mi nocturno alcázar apareces,
sin otro adorno que las arideces
de tus profusas trenzas ondulosas.

En un temblor lascivo te estremeces
danzando sobre las marmóreas losas,
y del agrio perfume de las rosas
triunfa el perfume de tus desnudeces.

Y atravesando el palpitante encaje
del perfumado y lóbrego ramaje
que aroma la marmórea escalinata,

la luna tiende desde el alto cielo
sobre tus hombros, como un sacro velo,
las castidades de su luz de plata.

VIII

Jardín blanco de luna, misterioso
jardín a toda indagación cerrado,
¿qué palabra fragante ha perfumado
de jazmines, la paz de tu reposo?

Es un desgranamiento prodigioso
de perlas, sobre el mármol ovalado
de la fontana clásica; un callado
suspirar...; un arrullo tembloroso...

Es el amor, la vida... ¡Todo eso
hecho canción!... La noche se ilumina;
florecen astros sobre la laguna...

¿Es la luna que canta al darte un beso,
o el ruiseñor que estremecido trina
al recibir los besos de la luna?

IX

¿Quién cambiará las flores de mi estancia
cuando tu mano, frágil flor de seda,
que prestaba a las flores su fragancia
cortar las flores del jardín no pueda?

Cuando tu débil voz no tenga aliento,
¿qué nueva voz recitará mi trova
en el crepuscular recogimiento
que idealiza el silencio de mi alcoba?

¡Blanca mano, voz dulce!... Lentamente,
calladamente, dolorosamente
deshojándose va vuestra belleza,

como esas tenues rosas otoñales
que lloran su blancura en los rosales,
perfumando la tarde de tristeza!

X

Como un árbol florido, así extendiste,
en la aridez mortal de la jornada,
sobre el agobio de mi vida triste
la piedad de tu sombra perfumada.

—¿Es verdad que en tu ánfora aun existe
agua para mi sed? ¿No está agostada
tu juventud? ¿Aun en sus sueños viste
de blanco, como una desposada?

Claro remanso, oasis, paz, recodo,
donde a la gloria y a la luz... ¡a todo!
renuncia nuestra vida fatigada...

Yo no te pido amor... Sólo te pido
la ceguera infinita de la Nada
y el eterno silencio del Olvido!

XI

Insensible a la súplica y al ruego...
Postrado ante tus pies, solloza en vano
sobre su arco roto el niño ciego
—símbolo justo del amor humano!—

Jamás su labio besará tu mano,
ni turbarán sus gritos tu sosiego
de Diosa, ¡que se extingue todo fuego
en tu dura frialdad, mármol pagano!

Tu alba túnica trémula de luna,
te da palpitación de cosa alada,
como la Nicke clásica de alguna

alegoría crisoelefantina...
¿Cuándo sobre mi sien ensangrentada
ceñirás tu laurel, mano divina?

XII

Hoy, para hacer más dulce tu quebranto
y más puro tu espíritu doliente,
te evocaré con mi orgulloso canto
el fasto antiguo en el dolor presente.

¿Ya no te acuerdas del amor ardiente,
de aquel amor a quien debemos tanto,
que de albas rosas coronó tu frente
y áureos lises recamó mi manto?

¿Ya no te acuerdas, di, que fuiste mía
—¿ensueño o realidad?—como no has sido
de nadie más?... ¡Cómo olvidar el día

aquel, al par tan próximo y lejano,
en que, cual agua fresca, te he bebido
toda entera, en el cuenco de mi mano!

XIII

Mientras tus manos, dolorosamente
blancas, sobre los pálidos marfiles
despiertan vieja música doliente,
yo sueño con románticos abriles,

en Aranjuez, con pasos de pavana;
y revivo tu ecuestre bizarría,
con arco y con carcaj, como Diana,
sobre el tapiz de regia montería.

Ya no sé cuándo fué ni cómo ha sido,
pero yo entre tus brazos he vivido...
y hay algo tuyo que mi sueño abona...

El pañuelo de encaje perfumado
de flores mustias, donde hay bordado
un heráldico lis y una corona!

XIV

Extático de amor, entre la hoguera
de los amplios ropajes, tu semblante
tiene una palidez de agonizante
bajo los humos de la cabellera.

De tus exangües dedos en la cera
se desangra un clavel rojo y fragante;
y un circular silencio, alucinante
en torno, en torno de tu esfinge impera.

Es de sangre el brocado que te viste,
y de espanto se eriza mi cabello...
Eres la imagen de una degollada,

y temo que al tocarte, ruede triste
de la marmórea desnudez del cuello,
tu pálida cabeza ensangrentada!

XV

Paz, un poco de paz... Un santo aroma
de azucenas, en todo... Una tranquila
música, en el piano... En tu pupila
la alegre castidad de una paloma.

Por el blanco ajimez, el alba asoma,
y en los espejos su esple ndor rutila...
Sólo un rumor: el péndul o que oscila,
en el blanco silencio se de sploma.

Un lirio muere en el negror del pelo,
y sin perfume, adormeciente, yerra...
Los labios purifica un santo anhelo...

Besar con lentitud, muy castamente,
todas las cosas puras de la tierra
en la lunar pureza de tu frente.

XVI

Lucha, sí, lucha! El temple de la espada
en el combate, no en la paz, se prueba;
y en cada gesto heroico se renueva
la pasión más sedienta y más osada.

Así te quiero ver, ensangrentada
de dolor! Con tu propia entraña ceba
tu amor oculto, que el amor eleva,
y saldrás de la lid dignificada.

Yo también lucho con mi amor impuro,
y entre mis dientes mi dolor trituro...
Jamás esperes que en mi ruego insista...

No más tender la mano suplicante...
¡quien tiene fuerzas y valor bastante,
no mendiga la gloria: la conquista!

XVII

—Jardín de las Hespérides, divino
jardín de oro que a mis ojos brillas,
—ensueño o realidad—¿por qué camino
se llega a la ilusión de tus orillas?

Así dijo a su sueño el peregrino,
cayendo ensangrentado de rodillas.
—Buscar ese jardín es tu destino,
mas nunca encontrarás sus maravillas!

Jamás lo encontrarás, porque no existe
sino en el fondo de tu alma triste,
como un tesoro de la fantasía...

Lo busca en vano tu mirada terca...
La prosa de la vida está tan cerca!...
¡Y tan lejos se ha ido la poesía!

XVIII

La piedad te perfuma y enguirnalda,
y entre tus santas manos de azucena
sostienes mi dolor, sobre tu falda,
con la ternura de una hermana buena.

Hasta la tierra se curvó mi espalda,
bajo el agobio eterno de mi pena...
No queda en mi collar una esmeralda,
ni en mi negro occeano una sirena.

Murió mi corazón en el cadalso
y mi fe consumióse en roja pira...
¡Júrame que me amas, aunque falso

tu juramento—¡oh, Presentida!—sea...
¡Dame como limosna esa mentira
para que en algo mi esperanza crea!

XIX

Tienen tus palideces suavidades
de jazmines que mueren bajo una
nevada de marmóreas claridades,
en los blancos jardines de la Luna.

Pálido lirio de melancolía,
¿en qué jardín astral te has desangrado?
¿Quién te dejó, urna de luz, vacía?
¿Qué vampiro la sangre te ha chupado?

En la blancura de tu faz de muerta,
la roja boca, de carmín pintada,
en un amargo rictus entreabierta,

finge los finos bordes de una herida
por donde se escapó, lenta y callada,
toda la ardiente sangre de la vida...

XX

Trémulo el labio y con la planta incierta,
peregrino de un sueño muy lejano,
tendida en gesto de pedir, la mano
como un mendigo, me acerqué a tu puerta.

Tu sobrehumana palidez de muerta
se apoyó en el umbral y dijo:—¡Hermano,
prosigue tu camino, porque en vano
tiendes hacia este hogar tu mano abierta!

Como a otros pobres di cuanto tenía,
mi alma, como mi hogar, está vacía!
Asomóse una lágrima a tus ojos;

tendí la mano... Y al caer en ella,
como rosa de nácar entre abrojos,
sobre mi mano floreció una estrella!

XXI

Contra toda maldad yergo mi busto,
en un arranque rudo y sobrehumano,
con la actitud y con el gesto adusto
de un orgulloso emperador romano.

Camino a ciegas sin saber adónde,
y oculto en mi altivez mi desconsuelo,
como un leproso que su llaga esconde,
bajo un negro jubón de terciopelo.

Sobre los blancos senos de mi amante,
la juventud en vano me convida
a que apure su copa desbordante.

Nada me alegra, ni nada me divierte...
¡Y en medio de las fiestas de la Vida
mi corazón va, triste, hacia la Muerte!

XXII

Los cigarrillos del Oriente humean
en fragantes y azules espirales,
que a la lujuria de mis sueños crean
alcázares y danzas orientales.

Ajorcas y collares centellean:
desnudeces morenas; almaizales
que flotan y ojos que relampaguean
con un fulgor agudo de puñales,

abrazos de pantera; extenuaciones
de nardos sobre rojos almohadones...
Humo, lujuria y muerte... Y mientras fumo,

—venenos de mujer y de serpiente—
aspiro todo el opio del Oriente
en mis regios alcázares de humo!

En esta noche azul, ¿no sientes una
suavidad interior de paz y calma,
cual si toda la plata de la luna
penetrase hasta el fondo de tu alma?

Acallan sus rugidos las pasiones
bajo el encanto de la luna nueva,
y su sueño el jardín al cielo eleva,
en un místico aroma de oraciones.

Nostalgias de un perdido paraíso
suspira el labio, en esta noche pura...
Y en tanto el alma en un suspiro exhalas,

¿no sientes que te agita, de improviso,
un ansia de volar hacia la altura,
cual si en los hombros te brotasen alas?

XXIII

¡Oh, cansancio infinito del que ha roto
todas las copas del placer... ¡Cansancio,
tú eres la lepra de esta gran Bizancio,
donde mi estéril juventud agoto!

Con lenta mano y con fervor devoto,
cual la postrera miel de un vino rancio,
la última gota de mi pena escancio
en holocausto de un amor ignoto!

Sobre marmórea sepultura yace,
con las manos cruzadas sobre el pecho.
Sobre la tumba: "Requiescat in pace",

con áureas cifras el cincel ha escrito...
¡Yacer contigo en el marmóreo lecho,
con la inmovilidad de lo infinito!

XXIV

En el silencio astral de mis cartujas
de ensueño, donde pasan sus rosarios
de lágrimas mis celos solitarios,
atormentados por lascivas brujas,

en tinieblas de olvido te arrebujas
como en negror de herméticos sudarios,
para cegar mis ojos visionarios
con el oro cruel de tus agujas.

¡Que no me dejes—¡oh, visión!—te ruega
el fervor de mis labios doloridos...
¡Ten caridad de mí, sombra enlutada,

y, a la par que mis ojos, también ciega
mi corazón, mi alma y mis sentidos,
¡porque no quiero ver ni sentir nada!

XXV

Todo es niebla, humedad... La luz se olvida..
—¿Es posible que existas?—Una rara
y aprilina obsesión de tarde clara
es el sueño imposible de la vida.

Llueve sin treguas... ¡Si por una herida
el alma sus nostalgias desangrara!—
Tardes grises lluviosas, hechas para
el adiós de la eterna despedida...

Llueve, llueve... La fuente se querella
porque las nieblas el jardín borraron...
(¿Esa sombra, quién es, ésta o aquélla?)

¡Son las almas románticas de todas
aquellas que, en el sueño, celebraron
con lo Imposible sus absurdas bodas!

HORAS DE AUSENCIA

I

Cuando la tarde a declinar empieza,
para soñar con tu cariño ausente,
cierro los ojos, y pausadamente
reclino entre las manos la cabeza.

En mil gestos revive tu belleza:
te miro en los balcones, sonriente,
y la paz de la luna da a tu frente
el marmóreo candor de su pureza.

Me envuelve tu mirada soñadora...
Ya ahuecas con tus dedos el cabello,
ya ensayas en los labios un desvío...

Y así dejo pasar, hora tras hora,
recordando y llorando todo aquello
que pudo ser y que jamás fué mío!

II

Tu voz tiene un dulzor de áticas mieles
y un éxtasis de mística poesía.
Tu voz huele a jazmines y a claveles
y suena a coplas de mi Andalucía.

Tu voz fué hecha para el rezo y para
dar a las almas débiles aliento...
¡Si alguna estrella en el azul cantara,
tendría las dulzuras de tu acento!

Voz de palabras castas y tranquilas,
voz que impregna de llanto las pupilas
adonde nunca se asomara el llanto...

Voz hecha de piedad y de poesía,
para hablarnos, en horas de quebranto,
del Cielo, de Jesús y de María.

JUNTA DE ANDALUCIA Consejería de Cultura BIBLIOTECA DE ANDALUCIA

III

La piedad de tu mano es un milagro
de suavidades y de transparencia,
y a sus puras caricias les consagro
la más blanca ilusión de mi existencia.

Vivir entre tus manos como una
rosa de paz o una paloma herida,
es sentir en la plata de la luna
diluirse el ensueño de la vida.

¡Oh, blanca mano que mi mano estrecha,
yo te daré perfumes mientras queden
rosales en mi senda florecida!

¡Oh, mano de piedad!... ¡Oh, mano, hecha
para cerrar los ojos que no pueden
soportar las tristezas de la vida!

IV

Tus ojos son dos flores de tristeza,
dos claros lirios de melancolía,
que perfuman tu lírica belleza
de una inefable y mística poesía.

Ojos que aman la plata de la luna
y la pureza de los alabastros...
Ojos de paz que son igual que una
noche profunda constelada de astros.

Ojos ebrios de ensueño que tenéis
ardores de fulgentes mediodías
y claridad de noches tropicales...

¡Ojos de buen camino, florecéis
en las tinieblas de mis elegías
como dos luminosos madrigales!

V

El humo del tabaco desenrolla
la azulosa fragancia de su espira,
y la pereza de tu voz criolla
tiene dulces enjambres de guajira.

Tu imagen en mis sueños se destaca,
suelta al viento la negra cabellera,
meciendo su indolencia en una hamaca
bajo la sombra azul de una palmera.

Siguiendo el movimiento de tus manos,
mientras me hablas dulce y quedamente
de paisajes fragantes y lejanos,

mi alma es un ave aprisionada y fija
en la fascinación de la serpiente
con ojos de rubí de tu sortija.

VI

El tapiz—arenales, caravanas
y episodios de galgos y gacelas—
raya al sol que atraviesa las persianas
en sus doradas líneas paralelas.

Asciende del jardín un soplo cálido,
y en el biombo, tras el cual tú sueñas,
manchan el cielo de un azul muy pálido
curvas emigraciones de cigüeñas.

Sobre el diván florido en la penumbra
mi pupila fantástica columbra
tus guantes como dos copos de nieve,

y el rojo llamear de tu botina
de raso, digna de calzar la breve
planta de una princesa china.

VII

Sobre las verdes y floridas lomas,
en la gracia melódica del cielo,
deshojan, flor a flor y vuelo a vuelo,
sus cándidas guirnaldas las palomas.

Tú persigues sus sombras desde el banco,
sobre el azul espejo de la linfa
donde desnuda y clásica una ninfa
vierte su concha oval de mármol blanco.

Oculto entre las verdes enramadas
donde la savia palpitar se siente,
presas de la ilusión con que fascinas,

mis miradas persiguen tus miradas
como sobre las aguas de la fuente
se persiguen al sol las golondrinas.

VIII

Sobre los verdes huertos se difunden
vespertinos clamores de campanas,
y en un mismo reflejo se confunden
la tarde y tú, cual dos sombras hermanas.

Las lejanas montañas se idealizan
en un incendio de fugaces rojos,
y a la par se desangran y agonizan
las luces del crepúsculo y tus ojos.

La tarde y tú... Dos sueños que se esfuman,
dos caricias de luz que palidecen...
Las viejas cargas del dolor me abruman...

Sollozan lentos dobles de campanas,
y en un mismo temblor se desvanecen
la tarde y tú, cual dos sombras hermanas.

IX

Plasmáronse en la sombra los jardines
donde se deshojaba, triste y leda,
en un sonoro acariciar de seda,
la romántica voz de los violines.

El callado pisar de tus chapines
levantaba, a su paso en la arboleda,
un aliento fragante de reseda
y blancas polvaredas de jazmines.

Fosforeció la luna en tu cabello,
el lago se agitó como una pluma
bajo el encanto de tu rostro blondo...

Y los cisnes, tendiendo el grácil cuello,
se hundieron en un círculo de espuma
para besar tu imagen en el fondo!

X

Bajo los miedos de la noche incierta
la lágrima de plata de un lucero
a mis cansancios señaló el sendero
que termina en los olmos de tu puerta.

Llamó con leves golpes mi inexperta
mano desamparada de viajero...
Como Cristo el agobio del madero,
llevaba al hombro mi esperanza muerta.

En el silencio rechinó la llave,
y el corazón, como paloma inquieta,
quiso romper la cárcel de su seno,

al contemplar, entre la luz süave
del umbral, la ilusión de tu silueta,
toda de blanco, como un ángel bueno!

XI

En la tibia piedad de tu regazo
se acogió mi dolor, igual que un niño
que, huérfano de amparo y de cariño,
al cuello de su hermana tiende el brazo.

Con gesto maternal mi desgreñada
y rebelde melena acariciaste,
y con tus besos me purificaste
bajo la paz azul de tu mirada.

Arrullaste mis sueños con voz queda,
y cerraron tus manos milagrosas
las úlceras de mi melancolía.

Y en tu falda imperial de oro y seda
resucitaron para mí las rosas
de la leyenda de Isabel de Hungría.

XII

Tanto he sufrido y tanto he caminado,
y tan rendido y fatigado vengo,
que milagrosamente me sostengo
gracias a la piedad de mi cayado.

Mi sien está de espinas coronada
y llagadas mis manos como Cristo,
¡y en el calvario de la vida he visto
tanto dolor, que no quiero ver nada!

¡Abreme, que a tu puerta desfallezco!
¡Acógeme en tus brazos, dulce amiga,
que entre las sombras de terror perezco!

Tiembla mi voz, se enturbia la mirada
y me caigo de sueño y de fatiga...
¡Deja un hueco a mi sien en tu almohada!

XIII

¡Qué dulce se desliza la existencia!
En medio de este ambiente de cariño,
mi corazón recobra su inocencia
y vuelve a ser ingenuo como un niño!

Mientras rima su acento con el mío
¿quién recuerda los viejos desengaños?
Ella ríe sus penas y yo río
las amarguras de mis treinta años!

Bajo la protección de sus miradas
se deslizan las horas tan calladas,
que ni siquiera resbalar sentimos

las sombras de su vuelo sobre el muro,
mientras, entre sonrisas, construímos
los castillos de naipes del futuro!

XIV

Mi sed no halló jamás una cisterna,
y triste y solo cruzó la llanura,
procurando olvidar este ansia eterna
de saciar en tus brazos mi ternura.

Busco un refugio sin saber adónde,
entre gente viciosa y miserable,
escondiendo tu amor como se esconde
la llaga de algún cáncer incurable...

Sobre el horror de un mercenario seno
¡cuántas veces soñé que aún era bueno,
porque te vi a mi lado, por la espalda

el cabello, mirarme con cariño,
mientras tu mano acariciaba a un niño
dormido en la penumbra de tu falda!

XV

—¡No hay esperanza, no!—lloró tu acento...
Se opone entre los dos lo Irreparable—,
y deshice mi vida miserable
en la estéril angustia de un lamento.

En la larga agonía del momento
que tu silencio hacía interminable,
me sentí enloquecer como un culpable
ante el cadáver de un remordimiento.

Y te fuiste de mí, como la vida
se escapa por los labios de una herida...
Y te siguió mi amor hasta tu encierro,

echándose a morir junto a la puerta,
aullando de dolor igual que un perro
sobre la tumba de su dueña muerta!

XVI

No sé qué llama intensa me consume
ni qué monstruo invisible me devora,
que el sueño de mi vida se evapora
con el fugaz aliento de un perfume.

Mi esperanza en un grito se resume,
y el alma entera de tristeza llora,
al disipar las luces de la aurora
el nocturno fantasma de Ulalume.

Es un temblor continuo mi existencia,
como si presintiese la presencia
de algo que me estremece como un brusco,

erizante y mortal escalofrío...
¡Encuentro en todas partes un vacío,
y busco algo sin saber qué busco!

XVII

¡La altiva cumbre de quietud solemne
será tu pedestal, ánima mía!
como ella tú has de ser, adusta y fría
y a toda humana corrupción indemne!

Allí no llegarán voraces hienas
a devorar su presa. Sola y muda
como una esfinge, te veré desnuda
de todo afecto, más de toda pena.

Y si ves que otra alma peregrina,
venciendo toda humana pesadumbre,
hacia tu encuentro trémula camina,

¡súbela al pedestal, dale tu afecto,
y así, abrazados, sobre la alta cumbre
seréis la estatua del amor perfecto!

EN EL SILENCIO FLORIDO

I

Cargada de nostalgias la frente pensativa
en silencio el encaje de tus ensueños labras,
y como una princesa desdeñosa y altiva
eres parca de gestos y sobria de palabras.

Tienes los mismos ojos con que miró Julieta
temblar en sus balcones la escala del deseo.
¡Pudieras haber sido la musa de un poeta,
ya que ser no pudiste la amada de Romeo!

Por pronunciar el nombre de tu regia hermosura,
con la espada clavada hasta la empuñadura
murieron caballeros en los tiempos lejanos...

y cuando entre los mármoles de tu balcón asomas
mis besos como blancas bandadas de palomas,
van a picar semillas de amor entre tus manos.

II

A la fragante sombra de los floridos tilos,
en las luchas diarias busco paz y descanso,
contemplando en tus ojos profundos y tranquilos,
detenerse mi vida en límpido remanso.

¡Oh! si el tiempo voluble detuviese su rueda
por siempre, en esa hora, cuando feliz estrecho
sobre el mullido y verde césped de la arboleda,
mi alma contra tu alma, mi pecho con tu pecho!

La tarde va regando por las sendas tranquilas
olores de rebaños y temblores de esquilas.
Y bajo los ramajes que agitan mansos vientos

y los solares rayos de luz espolvorean,
mis besos en tus labios son pájaros hambrientos
que el corazón de una granada picotean!

III

Y me perdí en la senda donde los surtidores
de plata, sobre el blanco mármol de la fontana,
desatando sus perlas deshojaban las flores,
presintiendo la cita de alguna sombra hermana.

Transminaba el crepúsculo un perfume de rosa,
rasgó el silencio un rápido trinar de golondrina.
La glorieta tenía esa humedad verdosa
de las algas y el líquen de una gruta marina.

Y apareció la sombra impalpable y ligera.
Eran sus crenchas fértiles como una primavera
de oro sobre el estío purpúreo de su traje....

Un olor a violetas despertaba su falda,
y a través de sus ojos se alargaba el paisaje
en una fresca y pura claridad de esmeralda.

IV

La luz última muere en las cumbres nevadas,
se encienden las primeras estrellas en el río,
y se apiñan las sombras bajo las enramadas,
como mendigos fieros que tiritan de frío.

La noche, en los jardines, la aparición asume
de una dama enlutada que, entristecida y muda,
va destapando todos sus pomos de perfume
para aromar su estéril tálamo de viuda.

Rutilan las estrellas de los parques. Es hora
en que el Dragón se duerme, y la Princesa mora,
escuchando las quejas del ruiseñor sonoro,

mirándose en el claro cristal de la laguna,
se peina con el peine de plata de la luna
el sol de su ondulante cabellera de oro.

V

Al beso de la luna cruza un escalofrío
de plata por las níveas vértebras de la sierra,
y es la fosforescencia fugitiva del río
una cinta del cielo que atraviesa la tierra.

Peina el sauce a la luna el blancor de sus canas
sobre el agua fragante donde se inmoviliza,
y un ladrido de perros el silencio humaniza
evocando luceros de entreabiertas ventanas.

Está la noche hecha de música y aromas,
tiene el aire aleteos de místicas palomas;
y para ahogar sus ansias de avaras sin tesoro

y saciar su apetito de tullidas eternas,
la caridad del cielo hecha estrellas de oro
en la negra y profunda boca de las cisternas.

VI

La noche, una beatífica tranquilidad serena...
Dan, ante la sonrisa de unos labios amados,
ganas de confesarse con un alma muy buena
para que nos absuelva de todos los pecados.

¡Oh, si pudiera alguien limpiar nuestra conciencia
de todo, y nuevamente tornarla cristalina!...
¡Ser otra vez un niño, vestido de inocencia,
verlo todo con puros ojos de golondrina!

Noche serena, noche para brillar como una
estatua de alabastro bajo un rayo de luna
en la fuente que anima la fragante glorieta.

Noche creada para la cita del deseo...
¡y subir por la frágil escala de Romeo
al marmóreo y florido mirador de Julieta!

VII

En tus senos de ébano, noche, doblo la frente
para olvidarlo todo. Soy un ciego lebrel
que herido y tacteando regresa lentamente
al hogar de su dueño para morir en él.

Dame tu olvido, dame tu silencio profundo
como el que reina bajo la piedra tumular.
A tus brazos me arrojan los náufragos del mundo,
como arroja a la playa sus náufragos el mar.

Echa cera en mi oído para que no oiga nada,
y amortaja en tus sombras mi carne ensangrentada,
y da tu pecho al alma setibunda de fe...

Beber quiero en tus senos la leche del olvido,
pues me eriza de miedo recordar lo que he sido,
y me hiela de espanto pensar lo que seré.

VIII

Se santiguan de miedo los viajeros perdidos;
las sendas encharcadas de tinieblas están,
y devoran la noche desnuda, dando aullidos,
los negros y famélicos lobos del huracán.

Por la vega los ríos su caudal desbordaron;
la sombra es como un trágico y tenebroso mar;
y de espanto los labios que rezar olvidaron
las viejas oraciones procuran recordar.

Las ráfagas del viento agitan las campanas.
Las casas se estremecen como cosas humanas
que evocan las palabras mágicas de un conjuro.

Y el relámpago escribe con su rojo carbón
fugitivo y efímero, sobre la cal del muro
la sentencia fatídica: ¡No tienes salvación!

IX

Llamé con rudos golpes a tu mansión eterna.
Iba mudo de angustia y ciego de llorar;
y tras mi sombra errante cerróse la poterna
y ensordecí en tu grávido silencio tumular.

Vengo desposeído de todo cuanto tuve,
monarca destronado del reino de la luz...
Sangra toda mi vida: ¿Recuerdas cuando estuve
con los brazos abiertos clavado en una cruz?

A tu puerta he dejado mi corona de abrojos,
y mi cetro de caña, mis manos, y mis ojos,
y los sucios harapos de mi mano carnal.

Y cuando el ángel suene la trompeta de plata
de las resurrecciones, ¡oh, tierra, seme grata
y haz que no me despierte de tu sueño inmortal!

X

Mientras rugen de hambre en las calles los vientos
y la lluvia sus odres en las sombras desata,
bajo las chimeneas crepitan los sarmientos
retorciéndose como serpientes de escarlata.

En torno de la hoguera se apiñan los pastores.
Unos tejen la soga que urdirá los rediles;
y otros ensayan coplas y tonadas de amores
en sus largas y toscas zampoñas pastoriles.

Y a la puerta, erizados los cuellos de carlancas,
dormitan los mastines... ¡oh, paz serena y pura!
Bajo tus negros ojos y entre tus manos blancas

abandono mi vida... ¡Oh, campestre poesía!...
¡Oh, quién tuviese el alma exenta de amargura
capaz de tejer sueños y de amar todavía!

XI

Esta noche en tu falda mi vida se ha dormido
como un niño asustado por los ogros de un cuento...
Quiero cerrar los párpados para dar al olvido...
la amargura vivida y el dolor que presiento!

Inmemore de todo, dormir eternamente
en tu blando regazo, y que pase la vida,
como bajo los arcos silenciosos del puente
pasa, en temblor de seda, la corriente dormida.

Los ojos se cansaron de ver, y hasta el oído
sueña con los eternos silencios del olvido,
¡Alma, cierra tus ojos, dobla tu sien inerte

en la falda de un sueño, y quédate dormido!
¡Contra la dolorosa inquietud de la vida,
no queda más recurso que la paz de la muerte!

XII

Me aduermo en el regazo de la antigua aventura
que en esta noche insomne me viene a visitar,
mientras aulla el viento por la calleja obscura
y se oye en los cristales la lluvia resbalar.

—¿No te acuerdas—me dice—de aquel voraz cariño
que ahuyentó de tu senda la sombra del dolor?—
y me duerme en sus brazos como se duerme un niño,
cantándome leyendas de esperanza y de amor.

Un ruiseñor cantaba... En la clara laguna
temblaban las estrellas. Y la luz de la luna
enlazaba dos sombras en el blanco balcón.

Un abrazo y un beso de infinita poesía...
Bajo su leve mano mi corazón latía
¡y yo también sentía latir su corazón!

XIII

Al calor de las llamas de los troncos de encina,
bajo la chimenea vetusta y blasonada,
transcurre la indolente velada campesina
mientras va amortajando los valles la nevada.

¡Se habla de tantas cosas! De los lobos hambrientos
que diezman los rebaños y asolan las campiñas,
de los terribles fríos y de los malos vientos
que agostaron las mieses y quemaron las viñas.

De las malas cosechas. El aceite escasea.
Se mueren los rebaños... Se despuebla la aldea...
Un año como este los más viejos no han visto...

Y todos se santiguan en torno de la llama,
y alguno, todo pálido, en voz muy queda exclama:
—En su corcel de fuego se acerca el Anticristo!

XIV

Mientras lúgubre el viento aulla en los corredores
y como un esqueleto cruje la vidriera,
para evocar fantasmas de difuntos amores,
el Insomnio se sienta junto a mi cabecera.

Me hace encender la lámpara y comienza el conjuro;
y clavando en mis ojos sus dolientes miradas,
cual desfile de sombras proyéctanse en el muro
las siluetas borrosas de mis muertas amadas.

De una, recuerdo el nombre romántico y sonoro,
de otra la luminosa cabellera de oro,
una dulce sonrisa, una frase, un suspiro...

Y de algunas, de algunas... ya no recuerdo nada...
Me miran, y en sus ojos resplandecientes miro
resucitar más bella mi juventud pasada!

XV

De este tempestuoso naufragio de mi vida
salvar no he conseguido ni un recuerdo de amor.
Me hallé sólo y desnudo donde todo se olvida,
en la estéril ribera del más hosco dolor.

Y me envolvió la noche con su negra mortaja,
y recordando todo cuanto perdí en el mar,
sentí, vivo, la asfixia tremenda de la caja,
la agonía del tísico sin poder respirar...

Busqué en mí alguna cosa que evocase el pasado,
y sólo hallé mi cuerpo sangriento y desgarrado
y exhausto de ternura mi pobre corazón...

Y me encerré en mí mismo con mi contraria suerte
igual que el que se encierra, para darse la muerte,
con un tigre famélico dentro de un panteón.

XVI

Me has hundido en la noche como en una cisterna
profunda y tenebrosa... Di, Señor, ¿por qué hiciste
para mi inevitable condenación eterna
mi cuerpo tan indócil y mi ánima tan triste?

Mi alma es como una llaga que de sangrar no cesa.
Toda mi carne se abre como una inmensa herida.
¡Son demasiado tigres para una sola presa!
¡Y son muchos dolores para una sola vida!

Mi materia y mi espíritu son una misma cosa;
todo sangra y me duele, todo es lepra asquerosa.
Y mientras sin un grito, dentro de la cisterna

mi vida se consume en el azul del cielo
mienten los claros astros una esperanza eterna...
Mi afán no tiene límites ni mi dolor consuelo.

XVII

Esta noche, el silencio de mis tristes jardines,
ha roto con sus trinos un ruiseñor. Venía
en el aire una dulce embriaguez de jazmines
a refrescar la frente de mi melancolía.

Perfumaba la noche la nueva primavera;
el viento era suave; cada rama una lira
de fragantes acordes... Y era mi vida entera
un oído que escucha y un aliento que aspira.

Apareció entre nubes la luna plateada
como entre los recuerdos surge la faz amada
de alguna novia muerta... Y desfiló el pasado

con sus blancos cortejos de puras alegrías,
a través de las dulces memorias de otros días,
como en el claro fondo de un espejo encantado.

XVIII

Es una noche de esas para hacer un viaje
en diligencia, envuelto en mantas de caireles,
mientras desfilan rápidas las sombras del paisaje
entre coplas, trallazos, gritos y cascabeles.

Un zagal canturrea:— "Corre, caballo pío,
hacia la blanca venta de mis amores; vuela!"—
La voz muere de angustia. Y al relinchar, de frío
el aliento en las foscas narices se congela.

Se para el carruaje junto a un despeñadero.
—"¡Alto!—" una voz impone—: "¡La vida o el dinero!"
Se apiñan hoscas sombras, se oye un rumor de gentes.

Y a la luz fugitiva de un relámpago, brilla
el cañón de un trabuco que apunta nuestra frente
detrás de los cristales de alguna ventanilla.

XIX

Bajo el tempestuoso negror de tus cabellos
la noche de tus ojos el rostro ensombrecía.
Era tu faz como una mirada de agonía
que curvaba mi médula y erizaba mi vello.

Fijos en mis pupilas, bajo el negror terrible
de tus crenchas de ébano, prometían tus ojos
lo que jamás cumplirme podrán tus labios rojos,
aquello que más amo por ser un imposible!

¡Oh, tentación eterna de tus ojos malditos,
negros como tu alma, profundos, infinitos...
que me alientan con una imposible quimera!

¡Ten piedad de mi trágica y bárbara agonía,
y huye de mí tus ojos!... y deja en paz que muera
al corazón que sabe que nunca serás mía!

XX

Alma que absorbe toda la substancia perdida
para formar un mundo; alma que silenciosa
abriendo va su cáliz al sueño de la vida
como al soplo del viento se entreabre una rosa.

Tú sabes el secreto de la bella Dormida
que en el encantamiento de las selvas reposa,
igual que una crisálida que espera estremecida
el brotar de las alas para ser mariposa.

Ya en tus vivos omóplatos el palpitar se siente
de las alas, que aguardan para el vuelo sagrado
las palabras creadoras del místico conjuro.

Y eres un vespertino crepúsculo viviente
donde luchan las últimas tinieblas del Pasado
con los vagos y tímidos fulgores del Futuro.

LA VIDA QUE PASA

I

Fugitiva visión de mis poesías.
¡Oh, frágil entre todas las mujeres!
¡Ni formada de espuma, amor serías
tan frágil y ligera como eres!

Inútilmente desplegué mis alas...
Mis sueños de alcanzarte fueron vanos
que hecha de nieve y luz, sutil resbalas
como un rayo de sol entre mis manos.

Tu acariciante levedad resume
la plata fugitiva de la luna,
y la sutilidad de un pensamiento,

Y yo aspiro tu amor como el perfume
fugaz y melancólico de una
rosa de otoño que deshoja el viento.

II

Mi amor es una grácil ligereza;
gacela esclava de tu amor tirano,
que resfriega en tu falda su cabeza
para lamer los lirios de tu mano.

Siempre que la caricia te estremece
y como ebria de placer vacila,
mientras su sueño lánguido humedece
su profunda y nostálgica pupila.

Cuando los ojos abro, se despierta;
y se agita intranquila, siempre alerta,
del rumor de tus pasos en acecho.

Y cuando pides a tu lecho abrigo,
ella también para soñar contigo,
se enrosca como un perro al pie del lecho.

III

También mi pobre corazón he visto
—¡Mi corazón más dulce que un cordero!—
agonizar, clavado en el madero,
y ceñido de espinas como Cristo!

También la seda de su cabellera
al limpiar el sudor de mi agonía,
dejó en mi cruz como una Primavera
de Amor, de ensueño y de melancolía.

Con tal ternura sobre mí lloraste
que con tu llanto me resucitaste...
-Vuelve otra vez la juventud florida

a perfumar mis hoscas soledades!...
Tu amor es un milagro de piedades,
porque infunde a los muertos nueva vida!

IV

El dolor de mi carne presentía
la piedad de tus manos, y el anhelo
de mi espíritu el místico consuelo
de tu ingenua sonrisa de alegría.

Eres la misma imagen que veía
en la noche angustiosa de mi duelo,
iluminar las sombras de mi cielo
como la estrella que al viajero guía.

Con el milagro de la Primavera
llegas a mi jardín. Las sombras vagas
de mis recuerdos huyen temerosas.

Mis dedos juegan con tu cabellera,
¡y hasta en la herida abierta de mis llagas,
hay una nueva floración de rosas!

V

Sobre un húmedo fondo de verdura
la luz perfuma tu ideal silueta,
mientras la tarde incendia tu blancura
con sus velos de púrpura y violeta.

Destrenzados los bucles sobrehumanos,
fija en el cielo la mirada angélica,
llenas de flores místicas las manos,
como una Anunciación prerrafaélica...

Perfil de unción y boca de plegaria...
Tienes como un aroma de poesía,
la candidez de un lirio inmaculado,

que en la vieja capilla solitaria
se mueve perfumando en su agonía
los pies heridos del Crucificado.

VI

Cuando la luz de mi quinqué se apaga
y en las tinieblas del pavor me sume,
el recuerdo de ayer, como un perfume
de besos imposibles, me embriaga.

Junto a mi lado, imperceptible vaga
la misteriosa sombra de Ulalume.
Mas inmóvil mi labio se consume,
pues teme que mi aliento la deshaga.

A veces me parece que la sombra
se corporiza y tímida me nombra...
La sangre paralízase en mis venas,

y me siento morir, tan dulcemente,
que el alma, al expirar, apenas siente
como un deshojamiento de azucenas.

VII

Jamás borrarte en el olvido esperes.
Me obsesiona tu amor. Cuando te veo
se para el corazón, por que tú eres
su sangre, su verdad y su Deseo.

Mis blancas alas cruzarán ilesas
por el fango de todos los pantanos...
Mi vida entera es tuya, es una de esas
sortijas que fulguran en tus manos.

Mi ambición no pretende más laureles
que morir a tus plantas, de rodillas...
Y por morir por tí, mi amor quisiera

ser uno de esos fútiles papeles
en que sueles probar las tenacillas
para rizar tu negra cabellera.

VIII

En la más alta cumbre aventa el viento
el último suspiro de la tarde,
y su fulgor, como un rubí sangriento,
en las tinieblas de tus ojos arde.

Un círculo de sombras te rodea
y animando tu faz con sus destellos,
una trémula llama parpadea
en la noche sin fin de tus cabellos.

También la llama trémula perece,
y la sombra te envuelve, como una
toca de melancólica viudez;

y rasgando el negror que te entristece
un rayo tembloroso de la luna,
tiende un velo de plata por tu tez.

IX

Con mi tristeza y tu recuerdo a solas
de amargo llanto las pupilas llenas,
atravieso cantando las arenas,
recogiendo marismas caracolas.

Sollozan mis dolientes barcarolas
en las playas desiertas y serenas,
y para oir mis amorosas penas,
llorando hasta mis pies vienen las olas.

Y al verme en sus cristales reflejado,
comprendo lo infinito de mis males.
Y digo al mar, entonces, agobiado

por el terrible peso que me abruma:
—¡Quién pudiera dormir en tus cristales,
amortajado por tu blanca espuma!

X

La angustia del crepúsculo invadía
la prisión de mis hoscas soledades.
Era la tarde como una agonía
de enfermas y marchitas claridades.

En la miseria urbana del suburbio
palpita no sé qué hondo quebranto...
Flotaba todo indefinible y turbio
como a través de un nebuloso llanto.

El temblor del crepúsculo sangriento,
sobre la cal del muro de un convento,
de un huérfano dolor piadoso abrigo,

la esquelética sombra proyectaba
de un escuálido perro que ladraba
a los sucios harapos de un mendigo.

XI

Sentí el cálido aroma de su aliento
y hundiendo en mis pupilas la mirada
cual si buscase un ánima, un momento
permaneció mirándome, callada.

Algo muy santo despertó en el fondo
de mi vida, muy triste, pero pura...
De aquel mirar tan íntimo y tan hondo
no hay palabras que expresen la ternura!

Sólo recuerdo, muy confusamente,
que emocionado la besé en la frente,
y abrazados nos besó la luna...

Y al levantar nuestra mirada al cielo,
tembló en mis ojos su mirada, y, una
lágrima descendió sobre el pañuelo.

XII

Regreso a mis agrestes soledades,
—¡todos mis campos desoló la guerra!—
porque sé que las glorias de la tierra
son humo... y vanidad de vanidades.

Prefiero las obscuras tempestades
que estremecen los robles de la sierra,
al lento polvo gris que nos entierra
en la fosa común de las ciudades.

Herido y desertor de la pelea
vuelvo al hogar ahumado de mi aldea,
a restañar la sangre de mi herida.

Y presintiendo el fin, como a una hermana,
todas las noches le diré a la Vida:
—Voy a dormir... Adiós... Hasta mañana!

JUNTA DE ANDALUCÍA Consejería de Cultura BIBLIOTECA DE ANDALUCÍA GRANADA

XIII

Voy cruzando la vida como un ciego,
y como no conozco mi camino,
inconsciente, a la mano del destino
con fatalista sumisión me entrego.

—Detente!—a veces tímido le ruego...
¡Da el ruiseñor su canto cristalino!...
¡Deja que el corazón del peregrino
cobre, oyéndole, un poco de sosiego!

Corre el agua... Durmamos un momento...
¡Qué olor de rosas frescas en el viento!...—
Y él, sin hablar me arrastra... Eternamente

sigo su ruta, con los pies sangrando,
mientras mi corazón canta, soñando
con las rosas, el pájaro y la fuente.

XIV

Oh, mi sonora juventud perdida,
pródiga juventud que amara tanto!...
¡Oh, cómo amarga el pan bañado en llanto
y cómo es triste, sin amor, la vida!

Ningún pañuelo vendará mi herida;
no hay un hogar que acoja mi quebranto,
y eriza mis cabellos el espanto
de la visión sangrienta del suicida.

Mi pobre corazón es como un niño
huérfano de cuidados y cariño,
que no teniendo ni un regazo donde

dormir, temblando de dolor y miedo,
en el rincón más lóbrego se esconde
para llorar su soledad muy quedo!

EN LOS UMBRALES

I

Me encuentro a tu presencia avergonzado
como si sorprendiéranme desnudo...
Soñaba hablarte, pero no he hablado...
El amor verdadero es siempre mudo.

Hay algo que prohibe a mi cariño
toda esperanza, pero no te olvida.
Mi corazón es niño, y como el niño
ama la fruta que le está prohibida.

Decirte este dolor jamás he osado...
Este inmortal amor es tan callado,
que ni mirarte ni escucharte quiere.

Es a la vez que mudo, sordo y ciego.
Se abrasa sin querer mirar el fuego...
Sufre en silencio, y de callar se muere!

II

Cuando era sólo un esqueleto vivo
penetraste en la cárcel de mis penas.
Tus manos le quitaron las cadenas
y le abrieron las puertas al cautivo.

Y para dar consuelo a las hurañas
amarguras de mi melancolía,
te arrancaste a pedazos la alegría
de la propia raiz de tus entrañas.

Como de enfermo y desvalido niño,
cuidó de mi tristeza tu cariño.
Y hoy son las horas de mi vida esclavas

dóciles del poder de tu recuerdo...
¡Eres el tiempo porque en tí me pierdo,
y eres la eternidad porque no acabas!

III

Tu amor fué golondrina. Formó nido
en las manos de un santo abandonado
en el templo ruinoso del olvido...
La piedad de su acento enamorado,

estremeció la polvorosa hiedra
que cubre el muro con su fe devota,
e hizo latir el corazón de piedra
del santo inmóvil sobre el ara rota.

Una tarde de Otoño, gris y fría,
vertiendo la más dulce melodía,
emigraste a otros climas más lejanos.

No has vuelto con la nueva Primavera,
¡y triste el santo tu regreso espera,
con tu nido de barro entre las manos!

IV

Sólo pensando en tu cariño siento,
una vieja ilusión que me consuela...
Cierro los ojos y mi pensamiento
tiende las alas y a tu lado vuela...

Te miro sonriendo sobre el lecho
brindando al alma enamorada y loca,
el olvido fragante de tu pecho
y el éxtasis de besos de tu boca.

La voz te tiembla y su temblor me arrulla.
Ciérranse estremecidas mis pestañas..
Y mi sangre se agita enardecida,

ávida de mezclarse con la tuya,
y fundidas las dos en tus entrañas
abrir las flores de mi nueva vida.

EN LA PAZ DE LA TARDE

I

Desángrase la tarde en tus ojeras
con fuga de amatistas y rubíes,
en tanto que, enigmática, sonríes
a la ambigua ilusión de mis quimeras.

Sobre el mar se recorta, incandescente,
tu señoril y heráldica silueta,
en los oros sangrantes y el violeta
de la profusa tarde decadente.

En el áureo verdor de la arboleda
diafaniza la luz tu piel de seda.
Bajo el rojo dosel de tu sombrilla

que en el incendio del ocaso arde,
en el rubí de tus pupilas, brilla
la crueldad lujuriosa de la tarde.

II

Todo es viva colmena de alegría.
Campanas de cristal tocan a fiesta,
y el sol hace brillar a la floresta
con su capa pluvial de pedrería.

Bajo la transparencia azul del velo
que idealiza tu cálida hermosura,
reflejan tus pupilas la ternura
de los zafiros pálidos del cielo.

En los ustorios trémulos del río,
a la clásica sombra de las parras,
con tu belleza y mi lujuria a solas,

eres símbolo humano del Estío
con tus cabellos áureos de cigarras
y tus senos sangrientos de amapolas.

III

En una insinuación de ofrecimiento
tu mano abandonaste entre la mía.
Calor de nidos y de paz, el viento
en la tarde y nosotros, difundía.

Olía a rosas tu corpiño blanco,
y mostrando, al pasar, con la mirada
la soledad propicia de aquel banco,
suspiraste a mi oído:—Estoy cansada.

Y en el musgo, que amparan las umbrías.
te reclinaste silenciosamente,
con una leva repulsión caduca.

Y tu pudor baló sus elegías,
como un cordero que, temblando, siente
los dientes del león sobre la nuca.

IV

Junto a la fuente que alza en la glorieta
la aligera blancura de un Cupido,
entre mis brazos suspiraste inquieta
bajo el fragante naranjal florido.

Desabrochó mi mano el camafeo
que a los hombros la túnica prendía,
y tus senos, hinchados de deseos,
su mármol dieron a la luz del día.

Mas alzando de pronto la cabeza,
en un gesto de orgullo y de fiereza,
de tu cabello desataste el nudo,

y a tus senos rodó su áureo tesoro
¡para envolver a tu pudor desnudo
en su manto imperial de seda y oro!

V

Oh, divino temblor! Cuando desnuda
por la vez primera a la mujer amada,
que torpe nuestra mano desanuda
la efímera ilusión de una lazada!

Ella de nuestros brazos se desprende,
y al suelo baja su mirar sereno,
y con las manos ocultar pretende
las magnolias de mármol de su seno.

Nos mira, con mirada lacrimosa,
busca un refugio sin saber adónde;
hasta que al fin, ligera y ruborosa,

burlando nuestros lúbricos antojos,
entre las blancas sábanas se esconde,
subiéndose el emboce hasta los ojos.

VI

Deja que el velo de tu cuerpo aparte.
Mármol será bajo la azul esfera.
Ya floreció la nueva Primavera
para darte el dosel y enguirnaldarte.

Desnuda cual los mármoles, mi Arte
así te quiere ver. La vida entera,
extáticos los ojos, estuviera
postrado ante tus pies para adorarte.

Es la belleza imperturbable y muda
la única religión en la que creo,
y tú belleza, para orar, me basta.

No temas que mirándote desnuda
enturbie mis pupilas el deseo...
La desnudez, si es bella, es siempre casta.

VII

Bajo el sol de la tarde nazarita,
junto al fausto oriental de tu belleza,
soy un mendigo escuálido que reza
en el áureo misal de una mezquita.

Yergues tu busto astral y resucita
con una salomónica grandeza,
y en el bronce inmortal de tu cabeza
el gesto incitador de Sulamita.

Y ya libre de escrúpulos serviles,
en el regio crepúsculo sonoro
sobre el verde tapiz de la enramada,

con mis manos voraces y viriles
de su estuche imperial de seda y oro,
tu cuerpo desnudé como una espada.

VIII

En el silencio del jardín la sombra
tiene un nupcial perfume de rosales.
Hay diamantes de estrellas en la alfombra
y un éxtasis de luna en los cristales.

En la baranda del balcón aguardo
—y en laberinto lúbrico me pierdo—,
ese vago y sutil olor a nardo
con que suele anunciarse tu recuerdo.

Con sus áureas molduras se vislumbra
el tálamo dormido, en la penumbra
que espera en el silencio de estas noches.

Esa caricia imperceptible y única
que producen las sedas de tu túnica,
al desprenderse de sus áureos broches!

IX

Palidece tu rostro sobrehumano;
mirándote en mis ojos te extasías,
y trémula de amor entre las mías
siento latir las venas de tu mano.

Levantas la cabeza con un gesto
de entrega, y tenebroso y ondulante
sobre la palidez de tu semblante
desciende tu cabello descompuesto.

Sonríes, con los dientes apretados,
y tus dos senos tímidos parecen
bajo la gasa que te vela el pecho,

dos niñitos mellizos asustados
que, abrazados al cuello, se estremecen
bajo las blancas sábanas del lecho!

X

Siento una postración de cosa muerta
y una vaga inquietud de cosa viva
dentro de mí... ¡Oh, ven, boca lasciva,
y háblame, como ayer, en la desierta

cámara silenciosa y empolvada
donde quedaron para siempre impresos
la musical lujuria de tus besos
y el fosfórico ardor de tu mirada!

En el revuelto lecho, la fragancia
cálida de tu carne, da a la estancia
un aroma sutil a ramos secos

de azahar, y los ropajes blancos
como moldes de amor, guardan los huecos
que dejaron tus senos y tus flancos!

XI

Las pompas imperiales de tu fausto
de orgullosa princesa bizantina,
me dejaron exánime y exhausto
sobre las sedas de tu piel felina.

Y como aquel que conquistó un tesoro
o ganó en la batalla una corona,
me dormí triunfalmente bajo el oro
de tu regia melena de leona.

Y del alba a los místicos destellos,
al través del temblor de tus cabellos,
miré, sobre el tapiz florilesado,

—prendas que abandonaste en la derrota—
algún áureo collar desengarzado
y alguna cinta ensangrentada y rota.

XII

Quedó en mis manos un girón de encaje;
te escapaste de mí como una sombra,
mas al huir, se te enredó el ropaje
y rodaste de espaldas en la alfombra.

Te curvé bajo el yugo de mis brazos
y de mis dientes la caricia ruda,
rasgó sendales y deshizo lazos
hasta dejar tu castidad desnuda.

Y allí, sobre la alfombra, entrelazadas,
las sombras como hiedras agitadas
confundidas en un bárbaro grito,

nuestras bocas rampantes y lascivas
resucitamos el antiguo mito
del Amor en las selvas primitivas.

XIII

El índice en el labio sonriente
y la mirada prometiendo goces;
ante mí apareciste, de repente,
como al conjuro de mis propias voces.

Y replegando el cortinón de seda
carmesí que a tu alcoba impide el paso,
—entra—dijiste con la voz tan queda
como un temblor agónico de raso.

Y sobre los moriscos almohadones,
nuestras carnes y nuestros corazones,
como dos pareados acoplamos.

Rimamos todos los diminutivos
y el divino soneto terminamos
con un temblor de puntos suspensivos.

XIV

Eres sobre mis páramos solares
donde tus gemas bíblicas coloro,
la alta palmera de racimos de oro
del divino Cantar de los Cantares.

Sobre leonada piel, muestras, lasciva,
tu marmóreo impudor. La piel parece
que, triunfal de lujuria, se estremece
cual si estuviese, a tu contacto, viva.

Y al alcanzar tu intacta primavera
y entre mis brazos aspirarla esclava,
mi beso es tan voraz y tan profundo

igual que si a mis labios ascendiera
para fundirte en su encendida lava,
como un volcán, todo el amor del mundo!

XV

El trágico negror de la mantilla
nimba la palidez de tu semblante,
y lo insaciable de la fiebre brilla
en tu obscura mirada alucinante.

Todo es tiniebla en ti; todo es arcano;
y entre las tocas, al surgir incierta,
la tísica blancura de tu mano
es el recuerdo de una mano muerta.

El perfil desolado de tu sombra
proyectas en mis noches... Tu mirada
amortaja mi vida en su negrura;

y cuando el labio trémulo te nombra
surges de mis recuerdos, empolvada,
como del fondo de una sepultura.

XVI

La gran tristeza del que nada espera
da a tu actitud una expresión sagrada
y se hace más obscura tu mirada
bajo las noches de tu cabellera.

Por mis sueños de amor pasa ligera
tu juventud enferma y enlutada,
como una sombra gris desenterrada
por los jardines de la Primavera.

En ti se pudren muchas cosas muertas,
y al hablar, en mi espíritu despiertas
remordimientos que ancestrales gimen.

Y en tus manos, agudas cual puñales,
aun parece que sangran las señales
de algún remoto y tenebroso crimen.

XVII

Siempre voraz a mis insomnios vienes
a despertar mis ímpetus bestiales,
y en el umbral, desnuda, te detienes
a envenenar de sombra tus puñales.

En el misterio de tus ojos brotan
fugaces y fosfóricos destellos,
y aires de tempestad crispan y azotan
el nocturno terror de tus cabellos.

Todo mi ser desgárrase a pedazos
cuando en la torva angustia del vacío
tu hambre de loba monstruosa, aulla...

¡No esperes libertarte de mis brazos,
porque has de ser eternamente mío
como yo eternamente seré tuya!

XVIII

El frenesí de tus pupilas turba
un deseo sangriento y dolorido,
y mi torso, epiléptico se curva
sobre ti, como arco distendido.

Mientras entre suspiros y entre besos,
bajo el azote de tu cabellera,
siento crujir hasta mis propios huesos
entre tus finos dientes de pantera.

Me abrasa el fuego de la calentura
y aferrado a la crin de tu locura,
me lanzo a las tinieblas del vacío,

siempre ligado a ti, sombra maldita,
oyendo el eco de tu voz que grita:
—¡Soy tuya... y para siempre serás mío!

XIX

Con tu belleza helada y peligrosa
de quimérica cumbre inaccesible,
hiciste de mi vida una angustiosa
saudade de infinito y de imposible.

Mi alma se muere de melancolía
bajo la cotidiana pesadumbre,
porque sólo su sed colmar podría
el agua luminosa de tu cumbre.

Para saciar su ardor en la corriente
más pura de tus aguas cristalinas,
todo cuanto en mí piensa y en mí siente,

ser águila quisiera, mientras bella
alzas tu faz, rasgando las neblinas,
para alcanzar el beso de una estrella.

XX

Tú también sueñas con saciar un día
la sed del temerario peregrino,
que por beber tus aguas desafía
el peligro y las nieves del camino.

Y esperas tu romántico Himeneo,
ornada de azahar y velos blancos,
mostrando a lo imposible del Deseo,
la desnuda lujuria de tus flancos.

¡Oh, peligrosa cumbre inaccesible,
siempre serás la eterna prometida
de este amor infinito e imposible!

Por que es preciso, para poseerte,
abandonar las glorias de la Vida
y atravesar los hielos de la Muerte!

XXI

Siente aquel que contempla tu hermosura,
en las venas el frío de la muerte,
y al fulgor de tu gélida blancura
en una blanca estatua se convierte.

Lo que hay en todos de brutal despierta
y adquiere formas y modelaciones...
Unos tienen un par de alas abiertas
y otros grupas y zarpas de leones.

A tu paso, deshójase de asombro,
el blanco loto sobre la laguna.
Pasas con la guadaña sobre el hombro,

y un lúgubre blancor de todo arrancas
igual que un rayo gélido de luna
por un camino astral de esfinges blancas!

XXII

Ya es tiempo de morir, Melancolía,
que devoras mis ansias más vitales,
y que en la tumba de mis elegías
broten las rosas de los madrigales!

Yo cerraré mi alcoba de poeta
donde aun un eco funeral te nombra,
para que no proyecte tu silueta
el maléfico influjo de tu sombra.

Bajo la luz del porvenir me pierdo,
mirando los despojos que conservas
a la paz de los fúnebres cipreses...

Yo arrancaré del alma tu recuerdo,
como se arrancan esas malas hierbas
que se comen el jugo de las mieses!

FIN

INDICE

Páginas.

Paz..... 7

Horas de ausencia..... 65

En el silencio florido..... 101

La vida que pasa..... 143

En los umbrales..... 173

En la paz de la tarde..... 183

OBRAS PUBLICADAS

FELIPE SASSONE

	Pesetas
La Espuma de Afrodita (Novela)....	3,50
La Princesa está triste... (Dramas y comedias)..	3,50
El miedo de los felices. (Dramas y comedias)..	3,50
El intérprete de Hamlet. (Dramas y comedias)..	3,50
La canción del Bohemio. (Poesías)..	3,50

ENRIQUE DE ALVEAR

De Sociedad. (Comedias rápidas).....	3,00

FERNANDO GIL MARISCAL

En Villabravía. (Novela).....	3,00

«EL CABALLERO AUDAZ»

El Pozo de las Pasiones. (Cuentos).....	3,50
Lo que sé por mí. (Interviús con celebridades contemporáneas) (1.ª serie).....	3,00
Id. (2.ª serie).....	3,50
Id. (3.ª serie)....	3,50
Desamor (2.ª edición).....	3,00
La virgen desnuda.....	3,00
El Breviario de Blanca Emeria.....	3,00
El libro de los toreros.....	2,00

JUAN GÓMEZ RENOVALES

Mujeres desnudas. (Historias íntimas de mujeres conocidas). (Prólogo de D. Jacinto Benavente).....	3,00

ALBERTO GHIRALDO

	Pesetas.
Carne doliente. (Cuentos argentinos).....	3,50

FRANCISCO VILLAESPESA

La Maja de Goya. (Drama).....	3,50
A la sombra de los cipreses. (Poesías).....	3,50
Judith. (Tragedia en tres actos).....	1,50
Paz. (Poesías).....	3,50

R. CANSINOS-ASSENS

La nueva literatura. (Estudios críticos, 1898-1900-1916). (Dos volúmenes). Uno	3,50

De venta en todas las librerías de España y América.

OBRAS EN PRENSA

«EL CABALLERO AUDAZ»

Pesetas.

Lo que sé por mí. (Interviús con celebridades contemporáneas) (4.ª serie)..... 3,50
Id. (5.ª serie)..... 3,50

FELIPE SASSONE

Los ausentes. (Dramas y comedias) 3,50

ALBERTO GHIRALDO

El peregrino curioso (Novela)..... 3,50

EN PREPARACIÓN:

COLECCIÓN POPULAR SANZ CALLEJA

en tomos de espléndida presentación: 1 pta. volumen.

R. SAN MARTÍN

Eva inmortal..... 1,00

EMILIO CARRERE

El reloj del amor y de la muerte..... 1,00

CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)

	Pesetas
La hora del amor...	1,00
Confesiones de artistas. (Interviús con celebridades contemporáneas. (Tomo 1.°).....	1,50
(Tomo 2.°).....	1,50
Mis viajes por Europa. (Tomo 1.°) (Suiza, Dinamarca, Suecia y Noruega).....	1,50
Mis viajes por Europa. (Tomo 2.°) (Alemania, Inglaterra y Portugal).....	1,50

Todos los tomos de esta colección, UNA peseta volumen en rústica.

COLECCIÓN SANZ CALLEJA

1,50 pesetas volumen.

Todos los tomos de esta colección constan de 250 a 300 páginas y están elegantemente encuadernados en tela.

PRÓXIMAS A PUBLICARSE

EMILIO CARRERE

La Voz de la Conseja. (Selección de las mejores novelas breves y cuentos de los más esclarecidos literatos. Firmas del volumen 1.°: Galdós, Benavente, Condesa de Pardo Bazán, Unamuno, Palacio Valdés, Rubén Darío, Baroja, Dicenta, Ricardo de León, Nogales, Répide, Arturo Reyes y Pedro Mata..... 1,50

FRANCISCO VILLAESPESA

	Pesetas
Andalucía. (Cantares y Poesías)	1,50
Vida y arte. (Prosas).....	1,50

EN PREPARACIÓN:

COLECCIÓN ECONÓMICA SANZ CALLEJA

2 pesetas volumen.

MANUEL A. BEDOYA

La feria de los venenos. (Novela)..... 2,00

H. MURGER

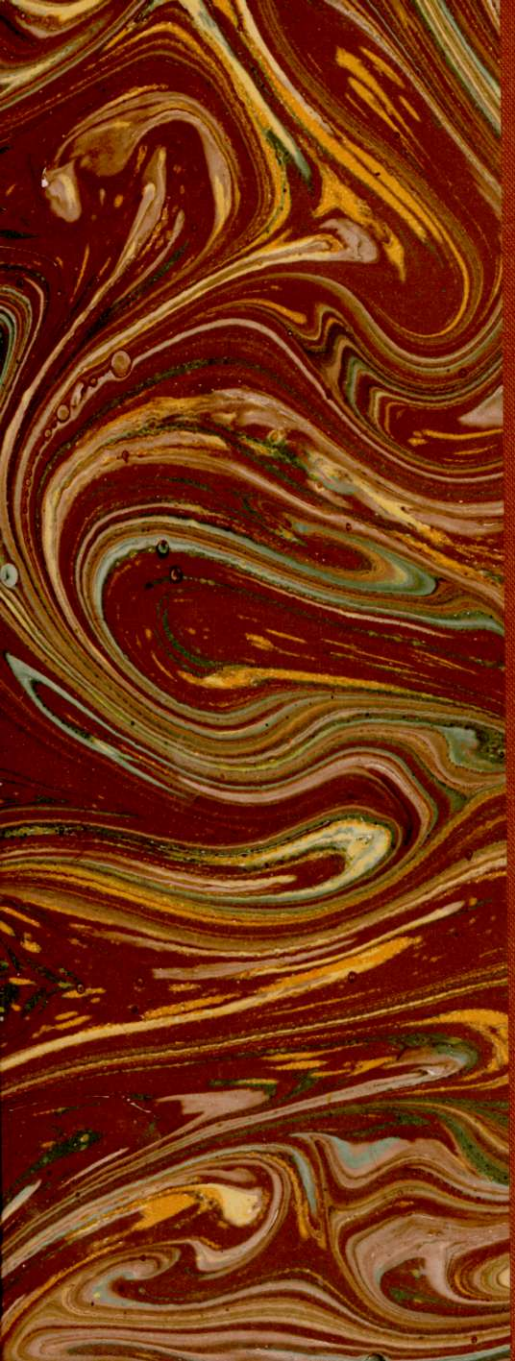
Los bebedores de agua..... 2,00

MADRID
V. H. DE SANZ CALLEJA.—EDITORES
Casa central: Montera, 31.—Talleres: Ronda de Atocha, 23.

V. H. SANZ CALLEJA

EDITORES VHSC MADRID

Casa central: Montera, núm. 31
Talleres: Ronda de Atocha, 15

PROPIEDAD
LITERARIA

Nº [illegible]925